

Huelva Arqueológica

19

Huelva Arqueológica

19

Huelva Arqueológica

19

**ACTAS DEL
III CONGRESO ESPAÑOL DE ANTIGUO ORIENTE PRÓXIMO**

Huelva, del 30 de Septiembre al 3 de Octubre de 2003

Jesús Fernández Jurado
Carmen García Sanz
Pilar Rufete Tomico

Coordinadores

DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE HUELVA

EDITA

SECCIÓN DE ARQUEOLOGÍA
DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE HUELVA

INTERCAMBIOS, CORRESPONDENCIA Y DISTRIBUCIÓN

Huelva Arqueológica

Diputación Provincial de Huelva
Sección de Arqueología
Avda. Martín Alonso Pinzón, 11
21003 HUELVA (España)

Teléf. (34) 959 494762; Fax (34) 959 494762
Correo electrónico: arqueologia@diphuelva.es
<http://www.diphuelva.es/arqueologia>

El catálogo de las publicaciones de la Sección de Arqueología puede consultarse en la página de internet indicada.

CONSEJO DE REDACCIÓN

Director:

Jesús Fernández Jurado

Redactoras:

Pilar Rufete Tomico
Carmen García Sanz

DISEÑO Y MAQUETACIÓN

Sección de Arqueología

Huelva Arqueológica no asume como propias, necesariamente, las ideas u opiniones expuestas por los autores.

Huelva Arqueológica se intercambia con toda clase de publicaciones sobre Prehistoria, Arqueología e Historia (Antigua y Medieval), tanto españolas como extranjeras.

© Diputación Provincial de Huelva (de la edición)

© De los textos, notas e ilustraciones, sus autores

I.S.S.N. 0211-1187

Depósito Legal: H-

FOTOMECÁNICA E IMPRESIÓN: Técnicas de Fotocomposición S.L.

III CONGRESO ESPAÑOL DE ANTIGUO ORIENTE PRÓXIMO

COMITÉ CIENTÍFICO

Prof. Dr. Jesús Luis Cunchillo Ilarri
Instituto de Filología - CSIC. Madrid

Dra. María del Carmen Pérez Die
Museo Arqueológico Nacional. Madrid

Prof. Dr. Alberto Bernabé Pajares
Facultad de Filología. Universidad Complutense. Madrid

Dr. Juan Pablo Vita Barra
Instituto de Estudios Islámicos y de Oriente Próximo - CSIC. Zaragoza

Prof. Dr. Juan Antonio Álvarez Pedrosa Núñez
Facultad de Filología. Universidad Complutense. Madrid

Dr. Sebastián Celestino Pérez
Instituto de Arqueología de Mérida - CSIC.

Dr. Juan Pedro Garrido Roiz
Facultad de Geografía e Historia. Universidad Complutense. Madrid

Dr. Jesús Fernández Jurado
Sección de Arqueología. Diputación Provincial de Huelva



Centro de Estudios del Próximo Oriente
www.icepo.org



www.diphuelva.es/arqueologia

ÍNDICE

CONFERENCIA INAUGURAL

Historia o ficción: de lo que fue a lo que inventamos

Jesús Fernández Jurado

Sección de Arqueología. Diputación de Huelva
pp. 11-24

SESIÓN EGIPTO

PONENCIA

Élites y agricultura institucional: el papel de los templos provinciales egipcios en los Imperios Antiguo y Medio

Juan Carlos Moreno García

Université Charles-de-Gaulle. Lille
pp. 27-55

COMUNICACIÓN

Del soberano como un gran hombre al monarca divino, del Zigurat mesopotámico a la Pirámide de Egipto

Juan A. Roche Cárcel

Universidad de Alicante
pp. 59-85

SESIÓN ANATOLIA

PONENCIA

Mundo simbólico y sugestión ritual: magia y curación en los textos hititas

Juan Antonio Álvarez-Pedrosa Núñez

Universidad Complutense. Madrid
pp. 89-112

COMUNICACIONES

¿Una nueva cultura del Calcolítico Medio de Biredyik (Sudeste de Turquía)?

Jesús Gil Fuensanta

Misión Arqueológica Española en Turquía
pp. 115-127

La lucha contra el dragón en Anatolia y en Grecia: el viaje de un mito

Alberto Bernabé Pajares

Universidad Complutense. Madrid
pp. 129-145

Rituales mágico-religiosos hititas relacionados con las actividades militares del Reino de Hatti (II milenio a.C.)

Juan Manuel González Salazar

Universidad Autónoma de Madrid
pp. 147-157

Pérgamo y Roma (133-130 a.C.)

María Luisa Sánchez León

Universitat de les Illes Balears
pp. 159-168

SESIÓN *MESOPOTAMIA*

PONENCIA

La cuestión hurrita: luces y sombras en la memoria antigua del Próximo Oriente

Juan Carlos Oliva Mompeán
Universidad de Castilla-La Mancha. Ciudad Real
pp. 171-203

8

COMUNICACIONES

El espacio urbano de Emar según la documentación cuneiforme

Juan Antonio Belmonte Marín
Universidad de Castilla-La Mancha. Albacete
pp. 207- 232

Padrones de negocios familiares en la Mesopotamia Neobabilónica

Antonio Ramos dos Santos
Universidad de Lisboa
pp. 233-246

Apuntes acerca de Assurbanipal y su reinado

Fernando Fernández Palacios
Universidad Autónoma de Madrid
pp. 247-257

CONFERENCIA INAUGURAL

Jesús Fernández Jurado

HISTORIA O FICCIÓN: DE LO QUE FUE A LO QUE CONTAMOS

Jesús Fernández Jurado

Sección de Arqueología. Diputación de Huelva

Al comienzo de la película *Lawrence de Arabia* el protagonista, Peter O'Toole, tras encender el cigarrillo del cabo Potter apaga la cerilla con los dedos. Mientras uno de los presentes le recrimina y le advierte de que algún día le ocurrirá algo grave, Potter intenta emular a Lawrence. ¡Cómo duele! grita el cabo; ¡claro que duele! confirma el aludido. Entonces ¿dónde está el truco?; en que no te importe que te duela, le responde Lawrence mientras sale de la habitación.

Así es como deberíamos enfrentarnos a la Historia, sin miedo al dolor que pueda producirnos la realidad que encontremos. Lo cierto, sin embargo, es que siempre huimos de lo que hemos sido y hacemos una lectura interesada de nuestro pasado, sea individual o colectivo. Seleccionamos en nuestra memoria los acontecimientos y los hechos, al tiempo que los modificamos de acuerdo con los intereses de la realidad que estamos viviendo.

Y lo hacemos porque como ha escrito Rafael Argullol no hay que "*hacer caso de las fotos de familia: las cosas nunca fueron como ahora uno las ve*".¹

Creo que no hay mejor ejemplo, pues la Historia es al fin y al cabo un enorme retrato de familia de la Humanidad, pero al mirarlo rechazamos la imagen que nos muestra porque en ella nos vemos reflejados.

De ahí, de ese rechazo fielmente representado en las diferencias que se aprecian entre las memorias que escribimos y las biografías que nos hacen, es de donde nace la lectura interesada que realizamos de lo que vemos. Una lectura que difícilmente cuestionamos; y deberíamos hacerlo, porque de la diversidad de opiniones interesadas que expresa-

1. R. ARGULLOL, "Fotos de familia", Diario *El País*, Madrid, 8 de abril de 2000.

mos sobre lo visto, es de donde surgen las teorías totalitarias y en consecuencia excluyentes, que se apoyan y justifican en una visión sesgada de lo que realmente sucedió.

"Si el líder dice de tal evento 'eso no ocurrió, pues no ocurrió'. Si dice que 'dos y dos son cinco', pues dos y dos son cinco. Esta perspectiva me preocupa mucho más que las bombas".

Así se expresaba en 1942 Georges Orwell en, para continuar afirmando *"que la historia se contaba no en términos de lo que debería haber ocurrido sino en términos de lo que debería haber ocurrido según la conveniencia de los distintos partidos"*.²

Estas eran las reflexiones que le provocaban a Orwell el asombro producido ante lo que oyó y leyó respecto de la guerra civil española, en la que él había participado.

Y ahí radica el gran problema del estudio, de la investigación y del análisis de la Historia: no contamos lo que fue, sino lo que nos interesa mostrar a costa de la realidad.

Ya no hay aquellos expositores de postales que hacíamos girar para ver la panorámica que más nos agradase de la ciudad que visitábamos. Vuelta tras vuelta buscábamos la imagen que nos gustase y, sobre todo, que más sedujera a quien la recibiese, al tiempo que cumplía la función de ocultar aquellas otras perspectivas que nos mostraba el expositor. Se convertía así en la imagen única del lugar que queríamos mostrar.

Del mismo modo, como turistas que viajan con un programa de 3 noches y 4 días, nos comportamos los historiadores. Somos subjetivos y no presentamos los hechos ni los datos de lo que ocurrió, sino que sin mostrarlos incluso negamos su existencia, para de inmediato afirmar que no tuvo lugar lo que en realidad acaeció, sino que los acontecimientos fueron otros. Nos adentramos así en la ficción de la historia, a la que pretendemos valorar con juicios morales de nuestro tiempo.

Es de ahí, de esa pretensión moralizante y subjetiva, desde donde pontificamos sobre el bien y el mal del pasado. Y a partir de ello establecemos teorías que dan lugar a escuelas y tendencias, en las que no nos preguntamos sobre las realidades que pretendemos conocer y a las que aplicamos conceptos del presente que vivimos. Por eso nuestros análisis dan siempre como resultado una "historia contemporánea".

Pero esta forma de valorar, incluso de enjuiciar desde el presente, no es inocente. Como tampoco lo es el desarrollo histórico, aunque pretendamos hacer su lectura desde la creencia en la bondad del indígena, en la ecuanimidad del dirigente o en la justicia del héroe que idolatramos y convertimos en mito, olvidando que *"al ser recontado, el mito se altera y en esa alteración el mito guarda los trazos de lo histórico"*.³

2. G. ORWELL, *Looking back on the Spanish War*. Londres, 1942. (citado por: T. Burns Marañón, *Hispanomanía*. Plaza y Janés Editores, Barcelona, 2000, pp. 214ss. Traducciones del autor).

3. C. GARCÍA GUAL, *Mitos, viajes, héroes*. Taurus Ediciones, Madrid, 1996, p. 10.

Esos trazos, unas veces gruesos y otras apenas perceptibles, son los que el historiador debe hallar para mostrarlos en su desnudez. Más tarde, una vez expuestos, es cuando al investigador le está, o debería estarle, permitido hacer su propia e individual valoración objetiva de los hechos.

Roberto Rossellini, aquél "Prometeo franciscano" en acertada definición del cineasta François Truffaut, que nos dejó excepcionales muestras de su profundo conocimiento de la condición humana en películas como 'Te querré siempre', 'Stromboli' o 'Los hechos de los apóstoles', afirmaba que quienes *"inventan [la historia] son unos canallas"*.⁴

Esos canallas, esa jauría en la que a veces se convierten, o nos convertimos, los historiadores, producen un daño irreparable en el presente con el recuerdo y la memoria mutilada y subjetivada del pasado.

El pasado fue. Y tal como sucedió y tuvo lugar es como debemos asumirlo, sin manipularlo a nuestro antojo o conveniencia, porque la Historia forma parte de nuestra cultura. Quizá el problema radique en que *"nuestra cultura está cansada y manejada por gurús, audaces y papanatas"*.⁵

Son estos personajes los que marcan la pauta y a ellos, a sus ideas y postulados, nos unimos con vehemencia, con una coyunda que difícilmente somos capaces de desatar, mientras seguimos pausada y tranquilamente el camino por el que nos conduce el boyero. Al fin y al cabo, al final del trayecto siempre encontraremos el premio de nuestro pienso.

Pero el historiador no debe buscar premio alguno, sino poner en manos de los demás, de la sociedad, la realidad histórica; y huir de particularismos excluyentes que le ayuden a obtener el reconocimiento social de aquéllos a los que regala lo que desean oír.

Porque no es cierto que exista la historia de tal o cual pueblo. Esa pretendida historia individual es sólo una parte, incluso una pequeña parte, del conjunto amplio y extenso de la Humanidad que cada uno vemos con ojos distintos, pues al fin y al cabo los ojos sólo ven lo que nuestra mente desea percibir. No en balde la belleza está en el ojo de quien mira.

Esta actitud separadora, excluyente y discriminadora, es la que lleva a incidir en las diferencias. La que da lugar al miedo al otro y a lo otro. En definitiva, a la xenofobia. Un miedo que no intentamos superar, sino que sólo sirve para insistir en lo que nos distingue de los demás y no para indagar en aquéllo que tenemos en común.

Hablamos de nuestro pueblo, de nuestra nación, con un sentido de presente y olvidamos, a veces lo hacemos conscientemente, que antes no éramos nosotros sino que eran otros. Quizá por éso, porque sabemos de la inestabilidad y endeblez de nuestros argumentos, nos gustan los árboles genealógicos. Encargamos que rastreen quiénes fueron nuestros

4. C.J. PHILIPPE, *Roberto Rossellini, un Prométhée franciscain*. La Sep-Arte / Sodaperaga, 1995 (Documental biográfico).

5. J.A. MARINA, "Meditación sobre rumbos y mareas". *El Cultural*, suplemento semanal del *Diario El Mundo*, Madrid, 8 de noviembre de 1998.

antepasados, como si con ellos, cuando ciertamente lo sean, nuestra realidad obtuviera un marchamo de autenticidad. Pero ¿qué autenticidad o garantía buscamos? En realidad, en el fondo de nuestro ánimo, sólo pretendemos encontrar lo que nos diferencie de los otros.

Y esa pretensión de ser distinto tiene una inmensa carga peyorativa, porque a quien no consideramos igual lo excluimos. Una exclusión que, además, perpetuamos a través del tiempo, como lo prueba el hecho de que aún hoy en España sean los gitanos, los moros y los judíos, ante quienes más prejuicios manifestamos. Y como lúcidamente pregunta Juan Goytisolo “¿quién ha visto a un inmigrante judío?”⁶

Sin embargo, aparentamos normalidad ante los demás. Pretendemos poseer una amplia apertura de miras y una capacidad intelectual tan vasta que nos hace ajenos a estas realidades. Pero lo cierto es que todo nos influye y a veces, aun siendo conscientes de esa influencia, la aceptamos cómodamente como si no nos afectara. Caemos así en una especie de molicie que nos hace huir de la crítica, de la puesta en cuestión, de aquéllo que oímos o leemos.

Esta actitud personal, que también es colectiva, es la que hace hoy que no estudiemos la Historia, sino que la hayamos incluido en el género literario de la novela. Novelamos la vida de los personajes o inventamos otros para explicar una época, un tiempo concreto o una sociedad, en lugar de describirla y mostrarla. Y lo aplaudimos; sobre todo las empresas editoras.

Y no es que reniegue de la novela histórica, pues mucho disfruté en mi adolescencia con *Sinuhé el egipcio*⁷ y años más tarde con *Aníbal*⁸, como sigo haciéndolo con las películas de Indiana Jones. Son éstas, sin duda, extraordinarias creaciones literarias y cinematográficas basadas en la Historia, pero no son la Historia en sí misma.

Se afirma que vivimos en una sociedad en continua transformación, aunque no estoy tan seguro de que ello sea totalmente cierto. Cultural y éticamente no creo que hayamos cambiado mucho. Hoy son otras, en apariencia, las formas de esclavitud o de violencia, porque lo cierto es que sólo hemos modificado los útiles y las maneras con que las llevamos a cabo.

Sólo cambiamos tecnológicamente y se nos llena de satisfacción el ánimo al hablar de las nuevas tecnologías. Como si el ordenador de hoy no fuese la máquina de vapor de ayer. Ésta, la tecnológica, es la única transformación tangible y cierta. La del hombre, la de su ética, no parece que se haya producido.

Antes transportábamos al esclavo hasta el lugar donde íbamos a venderlo; hoy le cobramos el pasaje en la patera.

Sin embargo, como queriendo enmascarar esta realidad, hemos acuñado la frase, ya convertida en soniquete y colofón de cualquier inter-

6. *ABC Cultural*. Entrevista de Alfonso Armada a Juan Goytisolo. Suplemento semanal del Diario *ABC*, Madrid, 21 de abril de 2000.

7. M. WALTARI, *Sinuhé, el egipcio*. Plaza y Janés Editores, Barcelona, 1963.

8. G. HAEFS, *Aníbal*, Ediciones Edhasa, Barcelona, 1990.

vención a la que pretendamos dar una cierta respetabilidad humanística, de que “el pueblo que no conoce su historia está condenado a repetirla”.

Cada vez que se pronuncia, quienes la oyen asienten con una suficiencia no exenta de complicidad con quien la ha pronunciado, aunque olvidan que esta expresión, como las leyendas, tiene un fondo de realidad más amplio del que son capaces de reconocer porque lo desconocen. Es cierto, no podemos olvidar nuestro pasado, se dicen unos a otros aunque sólo sea con la mirada. Pero aunque parezca lo contrario, están muy lejos de estar convencidos de ello y aún menos de que la firmeza de la frase haga referencia a su historia, porque mi historia es la cierta y la tuya está tergiversada.

Podrá interpretarse como una exageración lo que expongo y que en todo caso es un problema que sólo se produce fuera del ámbito de los historiadores. Pero, por desgracia, sólo hay que echar una mirada al mundo universitario, ante el que uno a veces se pregunta si lo que realmente importa es el mucho más que el cómo y el por qué; más la cantidad que la calidad; más las prisas de la novedad que el trabajo continuado y coherente; más la “*ciencia fungible*” que la “*ciencia inventariable*”, en expresiva definición de los profesores Castroviejo y García Valdecasas⁹, que así distinguen entre la investigación que busca más el titular periodístico del momento y el éxito inmediato, que aquella otra que trabaja como un corredor de fondo y que con más certeza permanecerá con el paso del tiempo.

Por eso, ante esta realidad, los que voluntariamente abandonamos la docencia universitaria hace ya veinte años y hoy la observamos desde otra perspectiva de la investigación, estamos cada vez más convencidos de que la decisión no fue equivocada.

La Universidad hoy, y no sólo en España, parece poco preocupada por la formación de sus alumnos e incluso por la de sus docentes, al tiempo que tiene apartada la investigación básica mientras orienta todos sus esfuerzos al mercado. No salen de sus aulas licenciados o doctores, sino mano de obra, dicho en el más peyorativo sentido de la expresión, de la que se afirma que “está cualificada para integrarse en el mercado laboral y responder a las demandas de la sociedad”. Vacía retórica que, además, olvida si la formación impartida y lograda responde realmente a las necesidades de la sociedad e incluso del propio mercado al que parece querer servir.

Por su parte, el investigador, sea o no del ámbito universitario, ha de estar más preocupado en buscar los apoyos, hoy por mí mañana por ti, que le permitan acceder a un corto presupuesto, a veces a ninguno, que en llevar a cabo la investigación pretendida. Unos apoyos que sólo obtendrá si el proyecto de investigación le permite al departamento correspondiente reclutarlo o si se enmarca en las líneas políticas de investigación prioritarias.

9. S. CASTROVIEJO, y A. GARCÍA VALDECASAS, “Ciencia fungible frente a ciencia inventariable”. Diario *El País*, Madrid, 29 de noviembre de 2000.

Líneas que nunca son explícitas, sino tan sutilmente etéreas que facilitan cualquier interpretación a la hora de justificar las decisiones adoptadas y que siempre están respaldadas por un consejo asesor, una comisión de expertos o cualquier órgano de extenso y complejo nombre fácilmente convertible en una sigla. Órganos en los que no es extraño, cuando no habitual, que participen quienes han diseñado y aconsejado en la definición de las líneas de investigación, al tiempo que se ven beneficiados con la aprobación de sus proyectos, que sí se adecuan perfectamente a lo exigido en las correspondientes convocatorias. Por desgracia, cada día es más habitual ser juez y parte.

Llegados a este punto, sólo queda reconocer que por interesante y útil que pueda ser la propuesta o la investigación pretendida, si no se adapta con precisión milimétrica a los requisitos establecidos, se le dará de lado, no se financiará e incluso ni se autorizará a que sea llevada a cabo aunque cuente con fondos propios.

Esta lamentable realidad obliga al investigador, que generalmente ha de compatibilizar su tiempo con la docencia o con la maraña administrativa de nuestras instituciones, a estar acudiendo continuamente a seminarios, congresos, jornadas o cualquier reunión, sea del nivel que sea, a presentar algún texto que le sirva de apoyo curricular para poder seguir investigando en un país, el nuestro, donde no parece que se preste el cuidado necesario a la investigación. O simplemente ha de hacerlo, más aún si no se es docente universitario, para que el resto de los colegas lo considere como tal: ¿qué ha publicado ése? ¿en qué revista? ¿aparece en algún índice extranjero?, pregunta esta última que encierra una arrogancia que raya en el desdén y que encubre un cierto complejo de inferioridad; como si el extranjero no fuese como nuestro país, del que continuamente se afirma que tiene investigadores de talla internacional.

¿A qué nos referimos entonces? ¿Cómo es posible que estemos preparados y al mismo tiempo no reconozcamos dicha preparación?

Continuamente hablamos del trabajo en equipo y la verdad es que en más ocasiones de las deseables esos equipos sólo existen en los documentos administrativos de las distintas instituciones que autorizan los proyectos de investigación. Y si esto no es bueno, aún peor suele ser el funcionamiento de esos equipos, que en escasas ocasiones son interdisciplinarios, porque el hecho de que haya investigadores de distintas materias y especialidades no implica, ni garantiza, que la investigación que se desarrolle sea realmente interdisciplinaria. Y los que estamos aquí reunidos sabemos de esa contumaz realidad que desmembra los equipos y lleva al abandono de la investigación porque los especialistas de distintas ramas no alcanzan un acuerdo.

Esta situación, más generalizada de lo que somos capaces de reconocer, hace que la investigación, la nuestra, la de cada uno de nosotros, vaya quedando encerrada en círculos cada vez de menor diámetro.

Sólo citamos a los amigos, incluyendo en éstos a los que además de serlo comparten nuestras ideas; si no es así, ni siquiera nos tomamos la molestia de hacer referencia a ellos para argumentar con postulados científicos el por qué de las diferencias de opinión; a lo sumo los criticamos con la virulencia del ataque descalificador que raya en el insulto.

Quizás las reflexiones precedentes parezcan exageradas y no muy ajustadas a la realidad, porque lo cierto es que sí hay un verdadero interés por la investigación, siempre y cuando ésta sea investigación aplicada y permita la obtención de una patente, porque ya sabemos que los recursos son escasos y por ello deben cuidarse e invertir en aquéllo que redunde en beneficio del conjunto de la sociedad.

Frase equívoca, por no decir maniquea, y perfectamente aplicable como crítica irónica o como realidad a lo que venimos diciendo. Pero en el ámbito que a nosotros nos ocupa, y preocupa, parece que sólo en el primer sentido, el irónico, es aceptable. Las Humanidades no suelen aparecer entre las prioridades de la sociedad y en consecuencia nunca serán consideradas un beneficio para ésta. Y nosotros, los que nos dedicamos a ellas, no somos ajenos a esta situación y aún menos podemos ocultar nuestra parte de responsabilidad.

Hoy todo es investigación más desarrollo, el tan renombrado I+D. Pero ahí no parecen tener sitio las Humanidades, cada día más deshumanizadas y orientadas, en este mundo que nos dicen es global, a la pequeña parcela del localismo de la mal entendida excepción cultural, del hecho diferencial, de ¿podemos decirlo sin temor?: la xenofobia.

Olvidamos con facilidad que ninguna sociedad es inmutable, ni es el resultado de una línea continua iniciada no se sabe cuándo y que lleva, sin remedio, a un final concreto, casi predeterminado.

La realidad es bien distinta, pues cada sociedad es la suma a la que de forma permanente y constante se le van añadiendo sumandos que la llevarán por un camino tortuoso en el que, a veces, habremos de pararnos para repasar la suma y tomar, si es necesario, una nueva dirección con nuevos sumandos.

Por desgracia y ante el predominio absoluto de la mal entendida y creo que peor aplicada I+D, queremos incorporarnos a ella subiéndonos al carro del mercado y entrando en su competitivo juego, incluso en el de las patentes.

Pretendemos que nuestra investigación tenga el mismo resultado social, aunque más correcto sería afirmar periodístico y sobre todo económico, que un medicamento o los sistemas de seguridad del último modelo de coche, por citar ejemplos extremos.

Es como si con ello también quisiéramos encontrar nuestra patente, aunque en no pocos casos más parece que pretendamos una patente de corso que nos permita e identifique como los únicos capacita-

dos para investigar y dar a conocer un periodo histórico, sea este la más lejana antigüedad o la reciente transición española.

La investigación humanística, en la sociedad de la que formamos parte, nunca podrá competir en ese campo. Ni debe intentarlo.

Su finalidad es el conocimiento, la enseñanza, la formación, para que la sociedad sea capaz de leer y entender, aunque parezca paradójico, lo que no le están diciendo en la publicidad, sea ésta de un detergente o de un partido político, que al fin y al cabo llaman igual, campaña, a lo que cada temporada hacen con el nuevo producto o mensaje que se pretende vender. Y las pruebas de "anuncios" son infinitas en la Historia.

Pudiera alguien dudar sobre si lo que digo es una crítica al mundo universitario en particular y al de la investigación en general. Así es, no lo duden, como reflejo de una sociedad donde cada vez son más numerosos los compartimentos, que no por serlo deberían ser estancos y aparecer como contrarios. Pero así sucede: o eres de los nuestros o estás con el enemigo. No se admite la libertad individual, sólo el gregarismo. Conmigo o contra mí. No hay lugar para la disidencia, ni siquiera para la discrepancia o la opinión distinta. Y ahí es donde yo sí disiento. Y lo hago porque la distinta opinión no debe llevar al enfrentamiento y aún menos a la exclusión del discrepante.

Esta es la gran paradoja: la discrepancia excluyente entre los historiadores, que se fundamenta en más ocasiones de las deseables en la manipulación de la Historia en beneficio propio. Una paradoja que llega casi a la esquizofrenia cuando, en palabras de Joseph Roth, "*se informa del presente con certeza histórica*".¹⁰

Pero esta certeza vive de las prisas y de los intereses, siempre políticos aunque queramos enmascararlos como económicos, culturales o de oportunidad histórica. Hablamos desde el presente, desde el hoy, y nos alejamos de la realidad del ayer. Hacemos conjeturas sobre la sociedad, la economía, la política o la moral del ayer desde nuestra realidad actual y olvidamos, entre otras cosas, la esperanza de vida de las diversas épocas.

Nunca un niño debe trabajar, pero como historiadores hemos de relativizar y ser cuidadosos con el concepto de niñez. Hoy, con una esperanza de vida cercana a los ochenta años en la mal llamada sociedad occidental, es una abominación el trabajo infantil; sin embargo, hace apenas un siglo, era normal la presencia de menores de quince años en las minas, en las fábricas y solos y aislados en las frías noches de las sierras cuidando el ganado. No era maltrato, sino necesidad ante la escasez.

¡Qué pronto olvidamos aquello que no resulta agradable! Por eso es mentira que cualquier tiempo pasado haya sido mejor. La realidad pasada, que escondemos y hasta negamos, siempre ha sido más dura que el presente que creemos feliz. Alguien, con extrema lucidez, ha dicho que antes no hacía más frío sino que teníamos menos ropa.

10. J. ROTH, *Las ciudades blancas*. Colección *Paisajes narrados 1*, Ed. Minúscula, Barcelona, 2000, p. 9.

Con esta actitud lo que pretendemos es evadirnos del pasado, de cada uno de nuestros pasados, que al fin y al cabo hacen el total del de la sociedad en la que vivimos. Porque es con ellos, con nuestros pasados y nuestras historias individuales, que no están aisladas de las de los demás, con los que se construye día a día la historia colectiva de la Humanidad.

Somos parte de la Historia y ella es el resultado de diversas y distintas relaciones, de numerosas influencias recibidas desde cualquier dirección, de ahí que debamos hacer el esfuerzo necesario para lograr un análisis vacío de subjetividad y carente de la búsqueda de indigenismos inexistentes o de influencias exógenas que acaso nunca tuvieron lugar, con la única pretensión de justificar nuestras ideas y nuestros actos, sobre todo estos últimos, que nos permitan fundamentar planteamientos ideológicos que propicien la permanente relectura de la realidad histórica en función de la oportunidad del momento.

Puede parecer exagerado lo que digo, pero no deja de ser paradójico que en un mundo que pretendemos global, se esté produciendo una revitalización de los conceptos nacionalistas, que defendemos o vilipendiamos según circunstancias coyunturales. Y todo ello se transmite a la sociedad, fin último de dichos discursos.

Una sociedad que no es homogénea, por más que lo pretendamos. De ahí la necesidad de la objetividad en el análisis y la honestidad en la transmisión de la realidad conocida, pues de lo contrario no sólo estaremos condenados a repetir nuestra historia, sino que incluso nos quedaremos sin ella porque cada día haremos una lectura distinta. Una lectura que unas veces de manera inconsciente y otras de forma voluntaria, usaremos como arma arrojadiza contra quien haya hecho una interpretación distinta a la nuestra.

Quizá el problema radique en que en este presente desde el que de forma permanente hablamos, usamos conceptos políticos, económicos y administrativos actuales. Discutimos de las guerras de la España de los Austria con Portugal o la pérfida Albión, de las de la Francia de Francisco I con España o del enfrentamiento español con el Marruecos aún inexistente. Incluso en nuestro afán por identificarnos con un pasado que hemos inventado llegamos a afirmar que Viriato, Trajano o Séneca y Abderramán eran españoles. ¡Si hasta Plotina era de Escacena del Campo!, afirmamos.

En definitiva, trasladamos el concepto político administrativo de España, de apenas doscientos años de vida, a cientos o miles de años atrás. Y todo ello lo hacemos con una impunidad que siendo generosos consideramos como inconsciente. Pero esa inconsciencia va calando en la sociedad en la que estamos inmersos y da lugar a efectos inesperados que conducen al desvarío social, además de al desconocimiento. Y sabido es que a mayor ignorancia más osadía.

Dijo Oscar Wilde, al hablar del Arte, que *“donde el hombre culto percibe un efecto, el inculto coge un resfriado”*.¹¹

Igual sucede con el estudio de la Historia y parece que por el abuso que de ella hacemos sufrimos una auténtica pulmonía. La misma que nos lleva a defender que nuestros orígenes están en Atapuerca o en Orce, lo que no deja de ser en ambos casos una entelequia, por más que rizando el rizo afirmemos y defendamos a ultranza el contrasentido de que allí, en Burgos, están los primeros europeos, mientras que a Guadix llegaron los primeros inmigrantes africanos.

¡Qué más da de dónde provengamos!, si al fin y al cabo, como dice el cantaor, *“no existen razas, ni distancias, ni norte, ni sur... [si] todos somos inquilinos del mundo”*.¹²

Por eso no me importa, porque no considero que sea trascendente, si descendemos directamente de ellos o no. Aunque lo cierto es que si mantenemos ese discurso intencionado y lleno de nacionalismo reticente frente a los demás, deberíamos sumar las influencias recibidas de micénicos, fenicios, griegos, romanos, visigodos, cristianos, judíos, musulmanes, bizantinos, sajones y tantos otros que se afincaron en estas tierras; no en nuestras tierras como comúnmente decimos, pues nunca han sido nuestras, sino que en cada momento lo fueron de quienes las habitaron.

Somos, ni más ni menos, el resultado de todo ello; y esa suma es apenas un elemento más que añadir a los que en el futuro se unan para dar lugar a una nueva realidad, que seguirá siendo absolutamente poliédrica, como ahora, pues cada momento histórico, que es siempre nuevo, es sólo un instante en la trayectoria de la Humanidad.

Pero el nacimiento de nuevas realidades no implica la total desaparición de las precedentes, que quedan enmascaradas en las que surgen tras ellas. Sólo hay que buscarlas, reconocerlas y ponerlas en el sitio que les corresponde. Ni más arriba ni más abajo, sólo en el lugar que en su momento ocuparon. Y no es poco, porque la Historia es el cúmulo de todas ellas vistas a través de los ojos de quienes la miran, analizan y estudian. Por eso la Historia es siempre contemporánea, porque son los ojos de los historiadores, las distintas miradas de éstos los que la conforman, aunque no siempre para darle sentido, sino a veces para convertirla en un sin sentido.

Positivistas, difusionistas, autoctonistas, fascistas, marxistas, capitalistas, estructuralistas y tantas otras corrientes del pensamiento histórico que hace algunos años culminó en la tendencia, que llamaron post-moderna, de los defensores del fin de la Historia.

Y aún así, no caemos en la cuenta de que cada una de ellas la utilizamos en defensa de nuestro eurocentrismo, de ese paneuropeísmo que pretendemos imponer al que llamamos mundo occidental, un concep-

11. O. WILDE, *La decadencia de la mentira*. Colección *Biblioteca de Ensayo* 10, Ed. Siruela, Madrid, 2000, p. 63.

12. DIEGO CARRASCO, “Inquilino del mundo”, (letra y música del autor), *Inquilino del mundo* (CD), Nuevos Medios S.A., Madrid, 2000.

to que nombramos geográficamente y al que en realidad definimos con criterios políticos y valores económicos y culturales.

Criterios políticos que fundamentamos en la democracia, aunque a veces a ésta le añadamos diversos calificativos, ¡incluso hay quien habla de “democracia ética”! Y todo ello para que nada quede fuera del sistema económico del supuesto libre mercado que nos obliga en las diversas economías de esta sociedad.

Una sociedad que tiene una *“cultura de cinco estrellas [que hemos separado de] todo lo que el ser humano ha inventado para satisfacer sus necesidades, aspiraciones, deseos y manías. La agricultura, la vivienda, los trajes, las danzas, los lenguajes, las artes, las instituciones”*.¹³

Todo conforma y comporta la cultura; y sin ella no hay Historia. De ahí que sea necesario que pongamos permanentemente en cuestión las teorías y tendencias, para evitar con ello su propio anquilosamiento. De no hacerlo estamos condenados al estatismo, a considerarlas intocables, a convertirlas en algo inmutable que nos lleve a defenderlas con un carácter cercano a la religión, que por definición es excluyente.

La teoría, la hipótesis, la idea, sólo ha de ser la excusa, el argumento a partir del cual intentemos reconstruir la realidad histórica, pero que nunca ha de convertirse en la Historia en sí misma, pues ésta tuvo y tiene vida propia. Una vida que en definitiva es la que debemos procurar conocer para transmitirla sin modificarla ni manipularla.

Hoy se ha puesto de moda exigir de los gobiernos y de las instituciones que pidan perdón por hechos acaecidos con anterioridad y más o menos alejados del presente, lo que no deja de ser, a mi juicio, una nueva forma de manipulación histórica a la que alegremente se prestan quienes reclaman un acto de contrición público y aquéllos que están dispuestos a escenificarlo.

Pero, me pregunto, para qué sirven los perdones pedidos y los arrepentimientos que aceptamos con ligereza benevolente. Todos sabemos, o deberíamos saber, quiénes son los culpables de las dictaduras, de la esclavitud, de las guerras de religión de todas las religiones o de la condena de Galileo.

¿Qué sentido tiene entonces pedir y otorgar perdón? ¿Es que quienes lo hacen nos garantizan con ello que no cometerán las mismas injusticias y abusos que llevaron a efecto aquéllos por los que en su nombre ruegan ser absueltos? Más parece que con esa actitud pretendan calmar conciencias y encubrir sus propias acciones, mientras participan alegres y despreocupados en esta escenificación que se explicita en la memez de lo políticamente correcto, ¡que ya por lo incorrecto de mis acciones pedirán perdón por mí en el futuro!

No quiero perdonar a nadie por lo que no hizo y aún menos por lo que no pudo hacer en el pasado. Sólo pretendo que en el presente no

13. J.A. MARINA, ver artículo citado en n. 5.

se produzcan hechos susceptibles de tener que ser perdonados, sea ahora o en el futuro.

A Lawrence no le importaba el dolor que le producía la llama de la cerilla. Sí le dolió, en cambio, el engaño perpetrado a quienes eran diferentes. Y no tengo noticias de que por ese engaño se haya pedido perdón a los engañados; quizá porque no forman parte de la llamada sociedad occidental.

Son milenios de Historia de la Humanidad que los historiadores, de una u otra manera, terca y obstinadamente, han venido robándonos. No caigamos los historiadores de hoy en su mismo error. No sigamos siendo cómplices de ellos y sobre todo no pretendamos hacer historia del presente.

Dejemos que nuestra realidad la estudien en el futuro, pero actuemos de forma que nadie tenga que pedir perdón por nosotros.

Dirección del autor:

Diputación de Huelva
Sección de Arqueología
Avda. Martín Alonso Pinzón, 9
21003 Huelva (España)

jesusfdzjurado@diphuelva.org



Diputación de Huelva

ÁREA DE CULTURA

Arqueología